

Jesús  
Aguado

Diccionario  
de  
Símbolos



Paréntesis

**FRAGMENTO**

Colección Umbral

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

*Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo*, ALFONSO EGEA

*39 cafés y un desayuno*. LIDIA HERBADA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

*El Domador*, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

*Los agujeros negros*, AQUILINO DUQUE

*El aprendiz de emigrante*, ROBERT LOUIS STEVENSON

*Cartas de Nueva York*, JOSÉ MARTÍ

*Percusión*, JOSÉ BALZA

*La transformación*, FRANZ KAFKA

*El salvaje de Borneo*, ALFREDO TAJÁN

*Las penas del joven Werther*, JOHANN WOLFGANG VON  
GOETHE

*Ardeviejas*, CARLOS JURADO CABALLERO  
*La ninfa y otros relatos*, RUBÉN DARÍO  
*El último abencerraje/ Atala/René*, FRANÇOIS RENÉ  
DE CHATEAUBRIAND  
*Madame de Treymes y otros relatos*, EDITH WHARTON

• **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA  
*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN  
*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ  
*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO  
*Hildur*, TONI MONTESINOS  
*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO  
*La maldición del cronista*, MARC GUAL  
*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA  
*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ  
*El año de Malandar*, JUAN VILLA  
*La carpa de oro*, CHARO PRADOS  
*El hombre encuadernado*, BRUNO MESA  
*Mi vida sin Eva Gundersen*, MANUEL J. RAMOS ORTEGA  
*El libro del sabor nuevo*, ELENA RODRÍGUEZ  
*Campo de minas*, CÉSAR ROMERO  
*Cambio de sentido*, MAR GÓMEZ GLEZ  
*Dieste*, MARIO GÓMEZ LÓPEZ  
*Andábata*, OLGA BERNAD  
*La línea de asfalto*, MANUEL G. SÁNCHEZ-CAMPILLO  
*Premonición*, PEPE CERVERA  
*Macedonia de rutas*, ANTONIO RIVERO TARAVILLO  
*Los diarios de Regent Street*, ANDRÉS GONZÁLEZ-BARBA  
*La vida simple*, PASCUAL GARRIDO



Jesús Aguado nació casi en Sevilla en 1961 y es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Los amores imposibles* (Premio Hiperión, 1990), *Libro de homenajes* (1993), *El placer de las metamorfosis* (1996), *El fugitivo* (1998), *Los poemas de Vikram Babu* (2000), *La gorda y otros poemas* (2000), *Lo que dices de mí* (2002), *Heridas* (2004), *La astucia del vacío. Cuadernos de Benarés: 1987-2004* (2005), *Mendigo* (2008) y *Verbos* (2009). Entre sus ediciones destacan: *Antología de poesía devocional de la India* (1998), *Kabir. Poemas breves* (2000), *Antología de poemas de las tribus de la India* (2003), *El vecino inquietante. Segunda antología de poesía devocional de la India* (2004), *Rafael Pérez Estrada en la India* (2005), *Ferlinghetti. Antología poética* (2005) y *No pasa nada. La poesía beat y Oriente* (2007). Ha vivido en Sevilla, Málaga, Benarés (India) y actualmente lo hace en Barcelona.

## A

### ADA

Dar a luz es una hermosa expresión para definir un hecho que es, en efecto, solar, brillante, un foco que barre las tinieblas del camino o un fuego que calienta en lo más crudo del invierno: traer un ser vivo al mundo es iluminarlo con una chispa inextinguible. Todos los días dan a luz muchas mujeres, miles, decenas de miles, una galaxia de mujeres que le entregan a la tierra el fruto de sus nueve meses de gestación repletos de cambios –hormonales, físicos, de pensamiento y de percepción, hacia lo hondo de su sensibilidad y hacia la superficie de la yema de sus dedos– que los hombres apenas podemos intuir por más esfuerzo que realicemos. Los hombres somos, en esta fiesta de la creación, poco más que testigos, colaboradores externos, un bastón en el que apoyarse mientras aumentan los kilos y las ganas de dormir. La paternidad se conquista más tarde: cuando el hijo o la hija se dejan coger en brazos y le aceptan a uno como parte del misterio de crecer y de la responsabilidad de ser. Pero hasta entonces sólo existe la madre, o existe de una manera tan abrumadora que todo lo demás parece minúsculo, y eso es en sí mismo una declaración de intenciones de la Naturaleza, que por algo será que la ha elegido como protagonista de esta parte del cuento de la vida. La madre es la luz que da a luz. El padre sólo es una semilla de luz, el sueño de la luz, el rastro que deja la luz antes de fundirse en un abrazo con la noche.

Cada hora del mundo mujeres de todas las razas se confabulan sin conocerse para detener la historia en un último esfuerzo, en un empuje final que desemboca en el llanto del bebé recién nacido, esa criatura que se alimenta de tiempo –de relojes de cuco, de las mareas, de aves migratorias– y que al hacerlo lo purifica. Mujeres a las que ayudan, por lo general, otras mujeres (u hombres realizando funciones femeninas, lo que equilibra las balanzas del símbolo): comadronas, ginecólogas, enfermeras. Magia y verdad de tantas mujeres gracias a las cuales cada uno de nosotros estamos aquí. Los hombres seguimos haciendo guerras (casi todo lo que los hombres hacemos es, en un sentido u otro, confrontación, invitación a la muerte) mientras las mujeres nos proyectan hacia la luz desde la luz de sus vientres, una lección que haríamos bien en aprender de una vez por todas.

Hoy hace una semana que asistí al parto de mi hija Ada: un brote luminoso, una estrella todavía diminuta, en medio de las seis mujeres que formaban mi compañera y el equipo médico que la atendía. Siete haces de luz barriendo el infinito. Ada temblorosa y manchada de sangre. Ada atreviéndose al frío de la blanca báscula metálica. Ada en mis brazos envuelta en una toalla. Ada de repente tranquila pegada al corazón de su madre. Pero sobre todo Ada entre las mujeres, esas seis y el resto de las mujeres de la tierra, disponible para desarmarnos a los hombres con su luz, su calor y su alegría. Este domingo Ada cumple siete días y el mundo, si me lo permiten, también.

## ADICCIÓN

Lo más difícil de romper con un hábito (las drogas, el sexo, el alcohol, la televisión o el juego) es que este, aunque desterrado por la cabeza de nuestra vida, se coaliga con el resto del cuerpo para no tener que cumplir la sentencia. Se aferra a la piel, se

esconde en un puñado de células rebeldes, se enrosca en las curvas de las huellas dactilares, se acomoda en el balcón de los ojos para mirarse en el espejo, se columpia en los tendones. Los hábitos reiterados crean adicciones de las que nos es muy difícil escapar por la sencilla razón de que, para hacerlo, antes tendríamos que escapar de nosotros. Eso es lo que los hace tan peligrosos: llega un momento en el que, o te tienen en sus manos, y te convierten en carne de diván psiquiátrico, o te obligan a declararles la guerra a una de tus mitades, ejercicio cruel de autodestrucción que le deja a uno, cuando vence, malherido y desfeliz. Una adicción es un hábito que le expulsa a uno de sí mismo, una costumbre que ya no es un medio para ordenarnos la existencia sino una excavadora para vaciarla de sentido.

De todas las adicciones, la que me parece más amenazadora es la del amor. Porque, cuando se acaba abruptamente, el hecho de expulsarlo de nosotros produce víctimas innumerables que afectan a partes centrales de nuestra sensibilidad, de nuestra inteligencia, de nuestras emociones y de nuestro concepto del mundo. La matanza interior necesaria para desengancharse de un gran amor es tal que muchos prefieren el suicidio, el asesinato o la locura. El amor es la más expuesta de las adicciones porque, si se va de repente, le deja a uno a solas con la muerte en una especie de duelo al sol en el que esta ha demostrado a lo largo de la historia que es mejor pistolera que casi ninguno de nosotros. Los adictos a alguien deberían saber que, detrás de ellos, acecha una manada de búfalos preparada para explotar en estampida contra nosotros a la mínima señal de pérdida o defección. ¿Pero qué amante se para a prevenirse contra contingencias que le parecen, en la ardiente neblina de sus sensaciones, imposibles, lejanas o leves?

Uno, que ha sido y es adicto a tantas cosas, con la edad ha llegado a la conclusión de que ni el amor merece el sacrificio de la libertad, de la donación de sí. El problema es que esa conclusión la cabeza no la ha pactado con las uñas, con la espalda, con el ritmo, con los recuerdos, con los olores o con los tatuajes invisibles que le cubren de arriba a abajo. Y, claro, sufre.

## AGUA

Estos últimos días paso mucha sed. Sobre todo cuando leo los periódicos o cuando miro las noticias. Será el calor, este sol húmedo que nos saborea lento con sus infinitas lenguas de cal viva. O será que el efecto invernadero ha llegado antes, o al menos con más virulencia, a la historia que a la climatología. Botellas y botellas de agua que consumo o me consumen mientras giran los acontecimientos en un tiovivo absurdo, real, fulminante y deshilvanado. Deflagración, miedo, asfixia: el trípode sobre el que se calienta el mundo antes de su estallido o de su disolución. Bebo vasos y vasos de agua, pongo la cabeza debajo del chorro, me empapo para no pensar, para sobrevivir no pensando. Porque no me llevo bien con las cosas que ocurren y se me nota demasiado: en el sudor, en la manera de arrancarme la camiseta, en la quemazón de estos ojos míos cansados de la piromanía endémica de los seres humanos. Rabia por la crónica diaria, impotencia, infelicidad de mis células, deslizamiento instintivo hacia el solipsismo y la nada. Incendios, torturas, hambrunas, atentados. La guerra, la guerra impregnándonos de azufre, de pólvora, la guerra en cada resquicio convirtiéndolo todo en ruina. Entonces bebo agua, me atraganto para no mirar a los niños con caramelos en unas manos que unos segundos más tarde una bomba sin útero, una esquirra sin entrañas, habrá amputado. Para quedar ciego al retorcimiento de hierros de un vagón de metro o de un autobús, a la espiral devastadora de un huracán, al bosque que aúlla mientras se tiñe de negro, a las tripitas hinchadas de los bebés con moscas en las legañas. Qué puedo hacer excepto beber litros de agua. Aunque no me quite la sed porque nada podría hacerlo, aunque me dé, de hecho, más sed, toda la sed de un universo desbocado y oscuro. Timadores, mentirosos, asesinos. Cada uno de ellos con buena conciencia, porque la buena conciencia es algo tan barato, tan de saldo, que no cotiza en la bolsa de los principios éticos y cualquiera la puede adquirir por unos euros. Bush tiene buena conciencia. Bin Laden,

o su espectro, tiene buena conciencia. Los soldados británicos y norteamericanos que torturan a sus prisioneros tienen buena conciencia. El terrorista suicida tiene buena conciencia. Pero yo no puedo tener buena conciencia porque ni eso me puedo permitir. Y esa es la razón por la que no puedo terminar de leer la noticias, por la que apago la televisión: para que no me den respuestas a preguntas que ya no quiero formular, para que me dejen en paz con la criminal panoplia de buenas razones políticas, económicas, sociales o filosóficas con las que justifican lo que hay como lo mejor, como lo único posible. No encontraré agua suficiente para tragar píldoras calmantes, un anestésico contra las hogueras de la sinrazón y el odio. Tampoco encontraré las píldoras arcoiris o el anestésico oral. Quizás no encuentre ni agua porque se está terminando y nadie consentirá en hacer un trasvase de su corazón al mío. Pero entonces miro el fondo de mi vaso y veo cómo unas gotas juegan con los reflejos rojos de la cortina: un mínimo volcán incruento que me devuelve, no sé por qué, la esperanza. Y entonces me las bebo y sonrío.

## AHOGADOS

El mar no siempre recuerda el nombre de todos sus ahogados, ni las piscinas, ni los ríos. Los ahogados se disuelven en el agua y, aunque luego aparezcan cabeceando contra un arrecife o flotando hinchados en la orilla, su historia ya no la cuentan ellos sino los peces y las gaviotas devoraojos, devorabocas, devoradedos. Los ahogados ya no tienen biografía porque se han convertido en paisaje. Su valor es el de las arenas del fondo, las medusas, los caballitos salados, los corales, las algas o las caracolas: quedarse al otro lado del espejo en el que nos miramos los seres humanos. El mar no los recuerda porque los ha incorporado al inquieto olvido universal que él simboliza, dispersando a manotazos ese enjambre de deseos que los constituye como vivos.

Los marineros de la Antigüedad se negaban a aprender a nadar para, en caso de naufragio, no prolongar su agonía.

Preferían ahogarse de golpe, sin darle tiempo al horror de la asfixia y del frío y de los tiburones para roerles las costuras del alma. Se ahogan peor los que saben nadar porque se ahogan dos veces: hacia arriba y hacia abajo, hacia el cielo al que claman y hacia las profundidades que tironean de sus tobillos, hacia el relato de su existencia y hacia el fin que lo interrumpe abruptamente.

Los veranos nos ahogamos todos un poco con cada niño o mayor que nos roban las aguas. Yo leo esas noticias sin respirar, como desconfiando del aire abundante que me rodea y me impide ponerme en su piel. Daría lo que fuera, el oxígeno que se consume en un texto como éste y mucho más, por acortar su sufrimiento, por evitarles uno de sus borboteos hacia la nada. Cuando sucedió lo del Kursk, lo del camping de Biescas o lo del barco pesquero hundido en la costa africana, y cada día con los sacrificados por las pateras, también parezco un yogui que disminuyera la frecuencia de sus inspiraciones y sus espiraciones, excepto que él lo hace para alcanzar la paz, para aquietar su conciencia, y yo para escuchar su voz en la protesta de mis pulmones y así poderles llevar un poco de consuelo.

Cuando los ahogados se acumulan como peces pudriéndose en las playas de mis sueños me siento cada uno de ellos. Aunque no los conozca, nunca me convertiré en mar para olvidarlos. Los cojo uno por uno en mi imaginación y les cuento su historia, que es la mía. Y cuando no puedo más, les pido ayuda a Alfonsina Storni, poetisa argentina que se ahogó voluntariamente, y a Shelley, poeta romántico inglés que murió a los treinta años al zozobrar su velero.

## AJEDREZ

Emilio Córdova es un peruano de quince años y un genio del ajedrez. Cándido, como corresponde a su edad, y reconcentrado, como corresponde al deporte que practica, ha tenido en vilo a la opinión pública de su país a causa de su transformación a

manos de una bailarina de strip-tease (Emilio defiende a su novia afirmando, sin embargo, que trabaja para una ONG de promoción de espectáculos) de São Paulo con la que ha pasado los últimos meses. Esta, que casi le dobla la edad y que se desempeña en un local llamado Love Story, ha conseguido que su amante adolescente saque las garras y se vuelva extrovertido, beba hasta caerse al suelo como una peonza y se enfrente incluso a su familia. De hecho, a su padre, desplazado hasta el lugar de los hechos para reconducirlo al redil patrio, le ha costado varias semanas y muchas broncas conseguirlo. Al final Emilio ha regresado a Perú, pero las crónicas no dicen si ha sido un jaque mate en toda regla, el de la sensatez a la locura, y el de la madurez a la pubertad, o un mero enroque táctico. Un buen jugador de ajedrez mueve sus fichas calculando varios movimientos, y sus variantes, por anticipado, así que al día de hoy nadie puede saber a ciencia cierta si este ha sido el final del joven Córdova y la bailarina brasileña o no. En cualquier caso, a una edad en la que a la mayoría no nos ha pasado nada memorable (como no sea ir asistiendo impotente al efecto de las alteraciones hormonales en la piel, la voz y el humor, emocionarse ante la posibilidad de que la vecina del tercero nos sonría cuando nos cruzamos con ella en el descansillo o leer a hurtadillas las definiciones que da una enciclopedia de los aparatos reproductores masculino y femenino), él ya se lleva novela y media puesta. Y lo que le queda: su carrera de ajedrecista, la leyenda que le envuelve, que le dará más amor y más dinero, y una confianza en sí mismo que puede llevarle a comerse el mundo (o, dios no lo quiera, a ser comido por el mundo si no asimila bien una experiencia tan intensa y extemporánea). Emilio Córdova ya no es un niño y esperemos que no se convierta en un niño, pero su dedicación a un deporte mental y riguroso, una de esas prácticas que dignifican la mente humana en medio de tantas otras que la ensucian, le puede proporcionar armas lógicas y emocionales para evitar esto último. El problema, y ahora hablo de mí como

lector de esta noticia, es que, como ocurre con casi todas las que me interesan, no volverá a aparecer en los periódicos nunca más, como no ocurra un milagro, y me quedaré sin saber cómo sigue, en qué van quedando los capítulos sucesivos de esta maravillosa historia. Del mismo modo que me quedé sin saber cómo se incorporaron a su vida cotidiana los pescadores mexicanos que estuvieron nueve meses a la deriva y que, cuando ya se habían celebrado funerales por ellos, fueron rescatados a la altura de Nueva Zelanda. O qué pasó con esa niña de siete años que se atrevió a recorrer cinco mil kilómetros por caminos semidesérticos de las estepas rusas buscando a su gato perdido y alimentándose, y engordando, de lo que encontraba en el campo. Novelas conmovedoras y refulgentes que se quedan a medias en nuestra conciencia mientras otras más sórdidas y planas, las de nuestra actualidad política o deportiva, nos son repetidas hasta el hartazgo, hasta la minucia más insulsa, hasta la invasión de nuestras reservas de memoria. Así que, Emilio, aunque te pierda la pista, mucha suerte y felicidades: tú mueves.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**